



**BOLETÍN
DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE HISTORIA**

**Volumen XCVII N° 200
Julio–diciembre 2018
Quito–Ecuador**



BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

**Volumen XCVI
N° 200**

**Julio–diciembre 2018
Quito–Ecuador**



ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

DIRECTOR:	Dr. Jorge Núñez Sánchez
SUBDIRECTOR:	Dr. Franklin Barriga López
SECRETARIO:	Ac. Diego Moscoso Peñaherrera
TESORERO:	Hno. Eduardo Muñoz Borrero
BIBLIOTECARIA-ARCHIVERA:	Mtra. Jenny Londoño López
JEF. A DE PUBLICACIONES:	Dra. Rocío Rosero Jácome
RELACIONADOR INSTITUCIONAL:	Dr. Vladimir Serrano Pérez

BOLETÍN de la A.N.H.

Vol XCVI
Nº 200
Julio-diciembre 2018

© Academia Nacional de Historia del Ecuador
p-ISSN: Nº 1390-079X
e-ISSN: Nº 2773-7381
Portada
Rafael Troya, autoretrato
1913

Diseño e impresión
PPL Impresores 2529762
Quito
landazurifredi@gmail.com

octubre 2019

Esta edición es auspiciada por el Ministerio de Educación

HISTORIA CRÍTICA Y TRANSFORMACIÓN SOCIAL: HACIA UNA PRÁCTICA EMANCIPADORA DE LA HISTORIA LATINOAMERICANA

-DISCURSO DE INCORPORACIÓN-

Saúl Uribe Taborda¹

Agradezco a todas y todos por su distinguida presencia en tan especial acto, la incorporación como Miembro Correspondiente a la Academia Nacional de Historia no sólo representa el reconocimiento a la trayectoria como docente e investigador; también constituye una responsabilidad ética y un compromiso político con la historia y la memoria del país. El presente escrito es el resultado de reflexiones académicas alrededor de la historia y su eficacia para la transformación social en el contexto latinoamericano, en tal virtud, mi intervención esta noche busca reflexionar sobre la historia y sus posibilidades para pensar el devenir social de América Latina, e impulsar iniciativas encaminadas a la construcción de prácticas reivindicativas, como críticas alternativas al modo de producción hegemónico de la ciencia. El presente discurso se estructura en tres acápites: 1) el papel de la historia en la tradición crítica; 2) la historia y sus potencialidades para la transformación social; y 3) la historia como práctica emancipadora en América Latina.

¹ Historiador, arqueólogo, antropólogo, investigador y profesor universitario colombo ecuatoriano. Sus títulos académicos son: Antropólogo, en la Universidad de Antioquia, Colombia, Maestro en Estudios Socio-Ambientales, en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). También se ha formado en el Centro de Resolución de Conflictos y Cultura de Paz, en Göteborg, Suecia. Actualmente, es candidato a doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín y se desempeña como docente-investigador en la Universidad Politécnica Salesiana, sede Quito y es editor adjunto de *Universitas*, Revista de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Politécnica Salesiana.

I) La historia en la tradición crítica

¿Qué significa la historia en medio de las profundas, dolorosas y complejas transformaciones sociales, políticas y económicas que están viviendo nuestras sociedades latinoamericanas en el siglo XXI? Esta pregunta, como muchas otras que logremos formular, constituye un punto de partida para reflexionar sobre la historia y las nociones históricas que fundamentan la desigualdad y las asimetrías sociales en nuestro continente. Si bien el objetivo del presente discurso no es centrar su interés en evidenciar estas realidades, sí son ellas las que lo motivan, dado que el papel de la historia no sólo radica en alcanzar un fin racional, sino generar una crítica a los hechos sociales, sobre todo, a aquellos que nos distancian y excluyen de la historia.

Hoy más que nunca, la historia y los historiadores debemos despojar a la historia de toda pretensión y dominio erudito y positivista, y situarla en un espacio-tiempo que posibilite una crítica a la barbarie del capitalismo y su proceso de deshumanización de las sociedades latinoamericanas. Pensar la historia en la tradición crítica, hace necesario recordar a Karl Marx, pensador que no fue, ni pretendió ser historiador; pero que por el contrario, cuestionó fuertemente la historiografía de su tiempo y generó una demoledora crítica a la filosofía hegeliana de la historia.

Su interés por fundar las bases científicas del socialismo y sus mordaces críticas al modo de producción capitalista, conllevó a Marx a fundar los orígenes de lo que llamó “concepción materialista de la historia”. Marx demostró que más allá de la voluntad humana, de las coyunturas sociales y de los pensamientos y las ideas, son las condiciones materiales de existencia las que determinan el modo de ser y organizar la sociedad. Se entiende por condiciones materiales de existencia humana, el modo en que la sociedad produce los bienes materiales que la sostienen y su división en clases sociales. Los planteamientos políticos y teóricos de Marx, ayudan a configurar un pensamiento y una forma de investigación que contribuye a la creación de la historiografía crítica o marxista.

El notable interés por explicar los cambios históricos como construcciones sociales, y no como hechos del simple azar, le permitió evidenciar los cambios socio-históricos de la sociedad de su tiempo, y explicar los factores y fuerzas externas que los impulsaron. Sin embargo, y a pesar de esto, las concepciones idealistas de la historia, desvirtuaron la capacidad creadora del sujeto histórico y desestimaron su aptitud para construir historia y transformarla.

Marx y Engels (1844-1845) advertían sobre la concepción idealista de la historia, y argumentaron que la concepción histórica de su época, hacía caso omiso a la base real de la historia, es decir, a las condiciones materiales de existencia, las cuales fueron consideradas como simples accesorios que nada tenían que ver con el desarrollo histórico de la humanidad. Sus reflexiones hicieron críticas sobre la historia, que, para su momento, se habían dedicado a las acciones políticas de los caudillos y del Estado, de las luchas religiosas y, en general, de los triunfos de grandes personalidades de su época.

Frente a la concepción idealista de la historia, Marx se planteó construir una teoría crítica y científica que posibilitará explicar los cambios impulsados por la Revolución Industrial europea y las transformaciones sociales derivadas de ésta. Esta teoría, basada en la “concepción materialista de la historia”, hoy, nos permite argumentar que los hechos históricos sólo pueden ser comprendidos en su contexto, siempre cambiante y articulado a las dinámicas socio espaciales del tiempo.

La historia como construcción social, siempre cambiante, se manifiesta como una síntesis de múltiples determinaciones sociales, espaciales y temporales; y se presenta como una totalidad concreta, estructurada y dialéctica que establece la relación sociedad-naturaleza. La historia, y particularmente la construcción social y crítica de ella, están estrechamente ligadas a los aspectos y procesos materiales de la vida y la organización social. Esto significa, que el punto de partida de cualquier análisis social, precisa la comprensión de las condiciones materiales de la existencia social; es decir, que la vida material determina el carácter de los procesos y de las relaciones sociales, políticas y económicas del ser humano.

Las líneas anteriores, colateralmente, permiten explicar la pregunta inicial del presente acápite, o al menos, hace que ella adquiera mayor relevancia para dimensionar la magnitud y el potencial de la “historia como crítica al modo de producción capitalista”; modo de producción que además de ser excluyente, racista, machista y de haber configurado una serie de situaciones históricas que son completamente desfavorables a las poblaciones latinoamericanas, también configura una historia en la que las mujeres, afros e indígenas, son tratadas como parias y no como sujetos históricos y protagónicos en el largo proceso de construcción histórica de nuestra América Latina.

Excluidos de las páginas de la historia y exotizados por la academia, hoy grandes sectores de la población Latinoamericana reclaman airesamente el derecho a ser reconocidos como sujetos históricos del cambio y la transformación social; exigiendo a la práctica histórica y al oficio de historiador, la construcción de una historiografía crítica, que evidencie el devenir de los colectivos humanos, sus saberes y las visiones que generan de su propio pasado.

II) La historia y su potencialidad para la transformación social

Hacer de la historia una práctica crítica, implica no sólo reconocer que los hechos humanos son una construcción permanente, abierta y hecha por todos los hombres y las mujeres. Reflexionar la historia y su potencialidad para la transformación social en nuestra América Latina, no es posible sin admitir que *el ser social* y la *conciencia de la historia*, son la esencia ontológica que define y determina nuestra conciencia.

La historia crítica y la crítica histórica a las condiciones materiales de existencia humana en nuestra América Latina, tienen que ser repensadas, desnaturalizadas y puestas en evidencia como elementos que deshumanizan y excluyen a grandes sectores de la población a lo largo y ancho del continente. Esta ardua tarea sólo es posible con la inserción de la historia en las aulas de clase, en las plazas públicas, en los espacios en los que se discute y se escribe la historia. Este llamado no sólo debe ser un ejercicio pedagógico, tiene

que constituirse en un compromiso ético y político con los millones de desposeídos y excluidos de la historia Latinoamericana.

No se trata de un compromiso de la historia por la historia, se trata de un compromiso por construir espacios que permitan problematizar la historia y la historiografía, como posibilidad para transformar y visibilizar las sociedades Latinoamericanas. Debemos asumir el compromiso de evidenciar al ser social y sus condiciones materiales de existencia, evidenciar su pensamiento social, político y económico, y aportar elementos para construir alternativas al modo de producción capitalista que atenta sobre la vida en el planeta.

Hoy, más que nunca, debemos asumir la práctica historiográfica como un proceso social que busca evidenciar la tiranía, y las profundas y dolorosas transformaciones sociales que nos agobian en todo el continente, y, al mismo tiempo, el historiador debe proceder con un compromiso ético y político que evidencie al sujeto histórico de la transformación social. Sin embargo, emprender procesos de transformación social en contextos tan asimétricos como los latinoamericanos, también implica transformarse como sujeto, reflexionar y problematizar la condición de ser historiador.

Transformar las condiciones materiales de existencia, y la realidad asimétrica de las sociedades Latinoamericanas, no sólo es una apuesta económica, también debemos pensar que la academia, socialmente construida, tiene el saber y los conocimientos para hacerlo; sin embargo, precisamos del compromiso político de la academia para evidenciar no sólo el déficit tan severo que poseen las políticas públicas de educación en nuestra América Latina. También debemos asumir la responsabilidad como académicos, investigadores y docentes, para desmitificar la academia que define que el conocimiento válido, sólo es aquel que se hace bajo los parámetros del conocimiento occidental; los mismos que excluyen y deslegitiman los aportes académicos del ser social Latinoamericano.

Estos parámetros, no sólo han configurado los criterios de validez del conocimiento, también han establecido una historia oficial donde los logros de grandes personalidades políticas, configuraron los principales referentes de la identidad nacional en los países Lati-

noamericanos. La perversidad de estos procesos, radica en la configuración de sociedades que sólo reconocen la historia y el saber de las élites académicas, que durante décadas han gozado de privilegios especiales para construir una historiografía que institucionaliza un saber que le impide a grandes sectores de la población Latinoamericana, reconocer su propia historia, impidiéndoles emprender procesos de cambio y transformación social.

Estos sucesos deben entenderse como resultado de una historiografía que institucionalizó un conocimiento histórico con el que se desacredita y niega las experiencias y los procesos sociales de los sectores subalternos. Esta realidad es cada vez más evidente y resulta innegable ante los ojos críticos de múltiples y notables investigadores, que, como el que habla, nos hemos trazado un compromiso ético y político con la educación, evidenciar la intencionalidad ideológica de ese tipo de historias y su afán por consolidar una falsa conciencia en la que, el ser social, no se reconoce como hacedor y poseedor de la historia.

Esta situación, nos plantea como docentes e investigadores, un enorme reto por deconstruir y develar en las líneas de la historia, su poder ideológico. Me interesa destacar estas líneas, ya que durante mi práctica docente e investigativa, he tenido la fortuna de entrar en contacto con diversos sectores de las sociedades Latinoamericanas, y evidenciar su desinterés por sus propias historias, y, la posibilidad de hacer de éstas la principal motivación del cambio, que como sujetos históricos, requiere.

A partir de estas reflexiones resulta de vital importancia, resaltar el rol que cumple la historia y su potencialidad para la transformación social en nuestra América Latina; convirtiéndose en el principal objetivo de los planes, proyectos y propuestas de investigación, con el objetivo de llevar a cabo la posibilidad de construir una “historia desde abajo”, que evidencie las asimetrías de clase, género y raza, y las diferentes dinámicas de resistencia y generación de alternativas a las relaciones de poder que nos impone el modo de producción capitalista y sus formas de construir el conocimiento.

III) La historia como práctica emancipadora en América Latina

La historia como práctica emancipadora en y para América Latina, es un punto de partida para tratar de dar respuesta a la pregunta con la que abrimos este discurso: ¿Qué significa la historia en medio de las profundas y dolorosas transformaciones sociales, políticas y económicas que están viviendo nuestras sociedades latinoamericanas en el siglo XXI? La respuesta a esta pregunta se encuentra en las páginas de la historia.

El conocimiento y la crítica a la historia, nos debe conducir a develar las profundas raíces y los nexos causales de nuestras desgracias y situarnos en ellas no como víctimas o victimarios; creo más bien, que estas situaciones deben ser nuestro aliciente para iniciar procesos que nos visibilicen como constructores y poseedores de una larga historia, en la que el pasado, no sólo está para relatarse, también está para cuestionarse en función de crear opciones de transformación social y de evidenciar procesos de resistencia que interrogan el pasado con miras a la construcción de sociedades justas y equitativas.

Sin embargo, este propósito requiere de una práctica académica acorde a los contextos y momentos actuales de la realidad tan compleja e incierta en la que vivimos los Latinoamericanos. Convencido de que cualquier iniciativa emancipadora que decidamos emprender, debe estar anclada en la función crítica de la historia como proceso que se nutre de la realidad cambiante, siempre dinámica y, muchas veces, adversa a los procesos sociales; hoy, más que nunca, las coyunturas Latinoamericanas nos obligan a pensar en las causas estructurales de los vejámenes políticos, económicos y sociales que acontecen a lo largo y ancho de nuestro continente, abriendo la posibilidad para construir una América Latina diferente.

Una América Latina diferente yace en las manos de quienes creemos y hacemos historia, de quienes hemos hecho de nuestras aulas de clase el espacio de las reflexiones y prácticas críticas a la historia. Una América Latina diferente está en las manos de quienes asumimos el compromiso de la educación como condición ética y política para transformar al contexto socio histórico de nuestros estudiantes, apelando a su sensibilidad frente a la realidad tan com-

pleja que viven. Si pensamos una América Latina diferente, debemos apelar a las historias de los oprimidos, de los excluidos, a la historia de quienes hacen historia desde su praxis cotidiana.

La historia como proyecto emancipador debe ser el principio rector de nuestras prácticas docentes e investigativas; y no, una camisa de fuerza en los currículos académicos. Estamos en deuda con millares de Latinoamericanos que han creído en la historia como práctica reivindicativa de sus luchas, de sus saberes y conocimientos. En nuestras manos está la posibilidad de evidenciar, denunciar y, colocar en tela de juicio, la historia hegemónica del proyecto ideológico en el que se oculta el poder deshumanizante del modo de producción de nuestro tiempo. Este poder, impone y crea las condiciones sociales, políticas y económicas más desfavorables para la existencia humana sobre el planeta.

Como Latinoamericanos, sabemos muy bien a que hacemos referencia cuando hablamos de la imposición de medidas económicas y políticas, que incluso muchas de ellas, atentan contra la vida y naturalizan una condición de subalternidad que es posible evidenciarla y revertirla desde la historia como práctica emancipadora desde y para los pueblos Latinoamericanos.

Evidenciar las adversidades y contradicciones históricas, en las que el modo de producción capitalista nos ha situado; constituye el punto de partida para pensar un proyecto que nos permita desaprofundar la historia “oficial” y abrir espacios en el marco de la crítica histórica, la inclusión, la solidaridad, la participación, el afecto y la pluralidad ciudadana. Advierto que la historia como proyecto emancipador no consiste en destruir la historiografía; más bien, reside en evidenciar y reconocer que somos sujetos históricos, creadores y poseedores de la historia.

Considerar la historia como proyecto emancipador, en nuestra América Latina, precisa analizar la historiografía en términos críticos, para contribuir a subvertir las condiciones de existencia y de la conciencia burguesa, que alberga la historia “oficial” Latinoamericana, dado que la historia siempre ha sido un campo de permanente disputa, expresando las relaciones de poder y clase que han determinado nuestra historiografía.

Advierto, que más allá de querer imponer una versión única del pasado, debemos aclarar que, en nuestra América Latina, está en juego el uso, acceso y control de la historia, la historiografía y la memoria social. Mi llamado es a romper con la idea del progreso técnico e instrumental y, su consiguiente dominio de la naturaleza y del ser humano; esto se traduce en la necesidad de crear y fortalecer espacios que posibiliten interrumpir en las estructuras históricas que han naturalizado la reproducción de los patrones de la barbarie y la esclavitud humana.

En efecto, la industria y la técnica no son elementos para la liberación del ser humano, más bien, parecería que su destino es acrecentar un mercado insaciado con objetos fetichizados, que, en último término, han desembocado en la sujeción del ser humano a necesidades superfluas. La crítica a la historia estriba en la denuncia a la ilusión del progreso en su sentido excepcional, que de continuar su ritmo homogéneo, en efecto su sentencia, sería la inevitable catástrofe.

Deseo finalizar mi intervención, afianzando mi compromiso ético y político con la historia, reconociendo la honorable labor que desempeña la Academia Nacional de Historia, la cual nace en 1909 con el nombre de Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, bajo la inspiración de Federico González Suárez, y, en virtud a su intachable reputación como centro de pensamiento científico, laico y democrático; me permito proponer la creación de la *Cátedra Abierta de Historia Latinoamericana Federico González Suárez*, cuyo principal objetivo, sería analizar los procesos sociales y las relaciones históricas, económicas, políticas y culturales de nuestra América.

Esta idea surge a partir de la inexistencia de una cátedra similar en los centros de educación universitaria del país, o espacios en los que se discutan temas relacionados con la historia Latinoamericana; y por lo que sé, y como nuevo Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Historia, debemos “abrir el horizonte del quehacer historiográfico a los temas de la historia social, económica y cultural, poniendo particular afán, en el conocimiento de la historia local y regional, de la historia de la ciencia y el pensamiento científico, y de la historia de las artes”.

La Cátedra Abierta de Historia Latinoamericana Federico González Suárez, se desarrollaría en las instalaciones de la Academia Nacional de Historia, y tendría diversos formatos: invitaciones de ponentes expertos en temas relacionados con la historia latinoamericana, exposiciones fotográficas, proyecciones cinematográficas seguidas de foros e intervenciones académicas, conferencias de académicos y profesores de historia, lanzamientos de libros de historia latinoamericana entre otros, y se ofrecería, de manera gratuita, y sería una actividad de puertas abiertas al público.

Sería importante que, la Academia Nacional de Historia, tenga interés en esta iniciativa, y, en mi condición de docente-investigador de la Universidad Politécnica Salesiana, y nuevo miembro de la Academia, garantizaría la presencia y participación de estudiantes y docentes en ella. A su vez, pongo a disposición mi experiencia académica sin costo alguno para encaminar este proyecto, en pro de “crear activas vinculaciones internacionales, para el emprendimiento de esfuerzos conjuntos de investigación histórica, formación profesional y otros”.

Agradezco inmensamente a todas y todos por su asistencia

Quito, 18 de octubre de 2018



La Academia Nacional de Historia es una institución intelectual y científica, destinada a la investigación de Historia en las diversas ramas del conocimiento humano, por ello está al servicio de los mejores intereses nacionales e internacionales en el área de las Ciencias Sociales. Esta institución es ajena a banderías políticas, filiaciones religiosas, intereses locales o aspiraciones individuales. La Academia Nacional de Historia busca responder a ese carácter científico, laico y democrático, por ello, busca una creciente profesionalización de la entidad, eligiendo como sus miembros a historiadores profesionales, entendiéndose por tales a quienes acrediten estudios de historia y ciencias humanas y sociales o que, poseyendo otra formación profesional, laboren en investigación histórica y hayan realizado aportes al mejor conocimiento de nuestro pasado.

Forma sugerida de citar este artículo: Uribe Tabora, Saúl, “HISTORIA CRÍTICA Y TRANSFORMACIÓN SOCIAL: HACIA UNA PRÁCTICA EMANCIPADORA DE LA HISTORIA LATINOAMERICANA” -DISCURSO DE INCORPORACIÓN-, *boletín de la academia nacional de historia*, vol. XCVI, N°. 200, julio - diciembre 2018, Academia Nacional de Historia, Quito, 2018, pp.260-269.